

Presentación

Luis M. Valdés Villanueva

En 1957 —en julio hará cincuenta años— *The Philosophical Review* publicaba un breve artículo titulado “Meaning” cuyo autor, H.P. Grice, era uno de los artífices del resurgir filosófico que se vivió en Oxford a partir de 1945. No puede decirse que Grice fuera entonces una *prima donna*; *fellow* y *tutor* del St. John’s desde 1939, era considerado entre sus colegas de la universidad como una sólida “promesa”. Había publicado ya dos artículos de cierto mérito (sólo reconocido, todo hay que decirlo, bastantes años más tarde): uno sobre identidad personal y, en 1956, otro, firmado al alimón con un joven Peter Strawson, en defensa de la distinción analítico/sintético que, en círculos filosóficos cada vez más amplios, era calificada de dogma. Ya entonces, Grice tenía fama de ser un hombre desaliñado en el vestir, con un escritorio de caótica apariencia en el que sólo él mismo era capaz de discernir algún tipo de orden pero, al mismo tiempo, se le consideraba como un filósofo extraordinariamente meticuloso a la hora de escribir cualquier frase susceptible de ser publicada. Strawson cuenta que la redacción de “On Defence of a Dogma” fue casi el suplicio de Tántalo: Grice impuso un procedimiento de acuerdo con el cual ambos autores discutían cada frase del texto *una por una* hasta que alcanzaban un acuerdo. Cuando hubieron acabado la tarea Grice todavía se resistió durante algún tiempo y fue finalmente Strawson el que, casi a sus espaldas, decidió enviar el manuscrito al editor de *The Philosophical Review*. Cuando en 1986, Richard E. Grandy y Richard Warner le dedicaron un *Festschrift* no oficial, *Philosophical Grounds of Rationality. Intentions, Categories, Ends*, los editores decidieron incluir al final del libro, además de la lista de las publicaciones de Grice, una relación —por cierto, más abultada que la anterior— que lleva por título “The Main ‘Unpublications’ of H.P. Grice”, con el objeto de dejar constancia de la persistente resistencia del homenajeado a dar manuscritos a la estampa, una consecuencia, según él mismo confesó varias veces, de su radical e invencible inseguridad.

“Meaning” fue también una víctima de la curiosa personalidad de Grice. Aunque fue publicado en 1957, había sido compuesto antes de 1948 (¡antes incluso de que el líder filosófico de Oxford en aquellos años, Gilbert Ryle, publicara *The Concept of Mind!*) para ser leído en una reunión de la *Oxford*

Philosophical Society pero, una vez cumplida su función original, las dudas endémicas de su autor lo sepultaron en algún cajón durante años. Bastante tiempo más tarde, y no sin dificultades, Strawson pudo convencerle de que le dejara una copia del manuscrito, circunstancia que él y su esposa Anne aprovecharon para enviárselo tal como estaba al editor de *The Philosophical Review*. Ha de tenerse en cuenta, por tanto, que Grice ya había redactado “Meaning” antes de que empezara su colaboración con Strawson o de que Austin formulara su teoría de los actos de habla.

¿Qué novedades aporta “Meaning” en 1957? Para darse cuenta de ellas conviene recordar brevemente lo que se cocinaba en filosofía por aquella época. En esos años, la denominada —quizás no muy acertadamente— “filosofía analítica del lenguaje ordinario” era ya hegemónica en Oxford, especialmente desde que Austin fuera nombrado en 1952 *White’s Professor* de Filosofía Moral y Ryle pasara progresivamente a un discreto segundo plano. Austin era probablemente el *estereotipo* de filósofo del lenguaje ordinario y quizás también uno de los más alejados del espíritu wittgensteniano, que también sobrevolaba por encima de todo el grupo de Oxford. Por ejemplo, Austin compartía con Wittgenstein el gusto por la investigación *minuciosa* y el repudio por las *teorías filosóficas generales*; sin embargo este acuerdo se debía a razones muy distintas. Para Wittgenstein el asunto era cuestión de principios; la teorización estaba siempre fuera de lugar en filosofía: no sólo no era la respuesta adecuada a los problemas, sino que era la *fuentes* más importante de la que surgían. Para Austin, sin embargo, el rechazo de las teorías se basaba más bien en una mezcla de modestia y prudencia; él pensaba que, en aquellos momentos, el trabajo pausado y fragmentario era lo máximo que uno podía llevarse a la boca sin coger un empacho. La construcción de teorías no estaba proscrita desde el principio; quizás podría venir más tarde cuando hubiera alguna seguridad de no estar construyendo sobre terreno pantanoso. Sin embargo, daba la impresión de que Austin se sentía a gusto con su práctica filosófica y no existía ninguna señal de que quisiera emprender un cambio de rumbo.

Había varias razones por las que Grice se sentía insatisfecho en el ambiente filosófico de Oxford. Algunas eran *personales*, y sin duda tenían que ver con la difícil relación entre él y Austin. Alguna vez confesó que se llevaba bien con este último “hasta el punto en que uno se puede llevar bien con una persona tan poco cómoda”. Pero las razones más importantes son de carácter intelectual. Por una parte, la metodología austiniana le causaba cierto disgusto. Pues aunque por principio Austin no era hostil a la teorización, sus hipótesis basadas en el examen de ejemplos lingüísticos particulares le parecían precipitadas y, en muchos casos, triviales. Una muestra de la situación nos la brinda la siguiente anécdota. Durante una de las famosas reuniones de las “Saturday mornings” (reuniones del “Play Group”, como las había motejado Grice), Austin propuso dar comienzo a una discusión filosófica sobre el

concepto de placer empezando por expresiones como “I have the pleasure to announce...”. Stuart Hampshire, que era uno de los habituales, comentó con sorna que eso era como reunirse para discutir filosóficamente sobre la fe ¡y proponer que se empezara con la expresión “yours faithfully”! Pero por otra, el *método* de búsqueda de ejemplos seguido por Austin carecía de *principio rector* alguno, con lo que, en opinión de Grice, aquél era incapaz de distinguir las más de las veces lo que era filosóficamente interesante de lo que no lo era.

Grice creía desde siempre que la explicación del significado debía abordarse —de hecho creía que era la única forma efectiva que tenía perspectivas de éxito— construyendo teorías generales, y esto le distanciaba tanto de la práctica de Austin como, por supuesto, de las proclamas de Wittgenstein. “El significado es el uso”, que, un poco atolondradamente, se convirtió en eslogan de este último, le parecía un obstáculo que impedía captar la distinción entre el uso de una expresión y su *significado literal* o, si se quiere, entre lo que una expresión significa convencionalmente y lo que un hablante puede querer decir mediante ella en una ocasión particular. Grice no rechazaba que en filosofía fuera necesaria la explicación lingüística, ni tampoco quería devaluar el papel central del lenguaje. El estudio de los problemas en “la situación total de habla”, como le gustaba decir a Austin, le parecía un método acertado. Pero, al mismo tiempo, pensaba que la investigación del significado y el uso había de ser más sofisticada y sistemática. No le parecía que, por ejemplo, pudiéramos avanzar mucho con una noción de significado que se extrajera meramente de las situaciones en las que las expresiones son usadas. Su visión era que el lenguaje en uso —al que, desde luego, debe prestarse atención— era el producto de muchos factores interrelacionados, entre los cuales estaban las convenciones o los sistemas de comunicación que rigen de manera eficiente nuestros intercambios lingüísticos.

Lo que Grice presenta en “Meaning” tiene entonces la forma *general* de un “programa” de investigación sobre el significado con *dos* estadios. El *primero* de ellos descansa sobre la noción de “significado ocasional del emisor”. Se trata de alguien que realiza alguna acción en la que se quiere comunicar algo a algún auditorio (el término “emisor” quiere señalar que el punto de partida no tiene por qué ser lingüístico). Lo que se comunica es lo que el emisor *intenta* lograr de un auditorio mediante su acción en esa ocasión. Naturalmente, las acciones significativas del emisor que tienen significado ocasional no están necesariamente gobernadas por *convenciones* preexistentes al acto en el que se las usa para querer decir algo. No obstante, el significado ocasional del emisor no ha de lograr sus efectos (paradigmáticamente, la *inducción* de otros estados psíquicos en el auditorio o la realización de ciertas acciones por parte de éste) de *cualquier* modo: tales efectos se han de conseguir respetando las célebres condiciones de la definición contenida en “Mea-

ning”, que involucran intenciones autorreferenciales y que fueron una constante fuente de problemas para Grice.

El programa sostiene que el significado ocasional del hablante tiene prioridad *lógica* sobre el segundo estadio en el que se daría cuenta de la propia noción de significado lingüístico (“el significado atemporal de la emisión”). Son éstas las emisiones que tienen un significado *independiente* del uso que los hablantes hacen de ellas. “Prioridad lógica” significa aquí que el análisis que Grice ofrece no supone que, como asunto de hecho, el significado ocasional del hablante *preceda* históricamente a las convenciones lingüísticas de los lenguajes particulares. Éste es un asunto que, como mínimo, es empírico y no puede determinarse por medio de la especulación filosófica. Por tanto, la concesión de prioridad al significado ocasional del hablante tiene sólo el objeto de colocarnos ante la posibilidad de significado *sin* convenciones lingüísticas.

Como se ha dicho, el conjunto de condiciones enunciado en “Meaning” representó durante mucho tiempo una dificultad para el análisis y es dudoso que tal dificultad esté totalmente resuelta. Sin embargo, la *idea central* de comunicar un mensaje a un auditorio por medio del reconocimiento de intenciones de que se reconozcan intenciones, ha sobrevivido de manera bastante razonable y ha sido tomada como núcleo para importantes desarrollos ligados, por ejemplo, a la teoría de la racionalidad, a la explicación general de las convenciones, a la teoría de los actos de habla o a la teoría general de la comunicación. Filósofos como Jonathan Bennett, David Lewis, Stephen Schiffer, John Searle, Dan Sperber y Deirdre Wilson, son sólo algunos nombres importantes en este campo. De hecho, uno puede rastrear en “Meaning” algunos de los sillares que compondrán ulteriormente la teoría de las implicaturas conversacionales, la más famosa de las contribuciones de Grice a la filosofía y a la lingüística contemporáneas.

La revista **teorema** ha creído oportuno dedicar, a los cincuenta años de la publicación de “Meaning”, un monográfico a revisar la importancia, vigencia y desarrollo actuales de las tesis seminales expuestas en ese artículo. El consejo de redacción de la revista quiere subrayar la generosidad de los autores que contribuyen a este número y expresarles por ello público agradecimiento.

Departamento de Filosofía

Universidad de Oviedo

Avenida Teniente Alfonso Martínez s/n, E-33071, Oviedo

E-mail: lvaldes@uniovi.es